

El reino perdido



SAÚL YURKIEVICH

La noche vuelve a envolver la ciudad donde todo es pasado. Palmo a palmo, la noche invade caminos, explanadas, recintos, recovecos; sitia, ocupa y ensombrece la ciudad. Más quietud de muerte añade, aún más la desola. Otrora cabecera populosa de prósperos dominios, estos vestigios bastan para dar cuenta de su perdido mundo, de esa potestad que paulatinamente vuelve al polvo.

Traspuesto el arco que legiones, victorias aladas y trofeos ornan, se dilata el foro enmarcado por monumentales muros, peristilos y escalinatas majestuosas. El tiempo las hiende y la maleza por las resquebrajaduras aflora. A cada lado de la plaza, una doble fila de estatuas, solemnes y postreros testigos de algo inmemorial que ausencia y deterioro precipitan. Columnatas y ventanas suelen dar al vacío, detrás nada las sostiene.

Sólo las estatuas oyen oleadas de bullicio, las querellas clamorosas, los vítores, los insensatos júbilos. Sólo ellas asisten a las celebraciones. Presencian la entrada de los cortejos triunfales y el fúnebre pasaje de las procesiones. Con ademanes señoriales, petrificadas en clásica actitud, impasibles y benévolas, las esculturas contemplan desde siempre su ciudad. Cada tanto una se resquebraja, el brazo aquiescente se desprende y despedaza. O algún marmóreo cuello se fisura; una cabeza coronada cae y rueda por el suelo.